

Las ofrendas para Jesús

Sábado de tarde, 21 de enero

Dios no recibe las ofrendas de nadie porque las necesite y no pueda tener gloria y riquezas sin ellas, sino porque es para beneficio de sus siervos entregar a Dios las cosas que son del Señor. Él recibirá las ofrendas de buena voluntad del corazón contrito, y recompensará al dador con las más ricas bendiciones. Las recibe como el sacrificio de agradecida obediencia. Requiere y acepta nuestro oro y plata como una evidencia de que todo lo que tenemos y somos pertenece a él. Él requiere y acepta el buen aprovechamiento de nuestro tiempo y nuestros talentos como el fruto de su amor que existe en nuestro corazón. Obedecer es mejor que el sacrificio. Sin amor puro la más cara ofrenda es demasiado pobre para que Dios la acepte (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 576).

La liberalidad abnegada provocaba en la iglesia primitiva arrebatos de gozo; porque los creyentes sabían que sus esfuerzos ayudaban a enviar el mensaje evangélico a los que estaban en tinieblas. Su benevolencia testificaba de que no habían recibido en vano la gracia de Dios. ¿Qué podía producir semejante liberalidad sino la santificación del Espíritu? En ojos de los creyentes y de los incrédulos, era un milagro de la gracia.

La prosperidad espiritual está estrechamente vinculada con la liberalidad cristiana. Los seguidores de Cristo deben regocijarse por el privilegio de revelar en sus vidas la caridad de su Redentor. Mientras dan para el Señor, tienen la seguridad de que sus tesoros van delante de ellos a los atrios celestiales (*Los hechos de los apóstoles*, p. 277).

Debemos ser representantes de Cristo sobre la tierra: puros, amables, justos, misericordiosos, llenos de compasión, mostrando generosidad en palabras y obras. La avaricia y la codicia son vicios que Dios abomina. Son frutos del egoísmo y del pecado, y estropean toda labor en la cual se les da entrada. La rudeza y la tosquedad de carácter son imperfecciones que las Escrituras condenan categóricamente como deshonras a Dios.

“Sean vuestras costumbres [vuestra disposición y hábitos] sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré”. “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra,

en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia [la gracia de la liberalidad cristiana]”. “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (*El ministerio médico*, p. 241).

La perfección del carácter cristiano se obtiene cuando el impulso de ayudar y beneficiar a otros brota constantemente de su interior. Cuando una atmósfera de tal amor rodea el alma del creyente, produce un sabor de vida para vida, y permite que Dios bendiga su trabajo.

Un amor supremo hacia Dios y un amor abnegado hacia nuestros semejantes, es el mejor don que nuestro Padre celestial puede conferirnos. Tal amor no es un impulso, sino un principio divino, un poder permanente. El corazón que no ha sido santificado no puede originarlo ni producirlo. Únicamente se encuentra en el corazón en el cual reina Cristo. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. En el corazón que ha sido renovado por la gracia divina, el amor es el principio dominante de acción. Modifica el carácter, gobierna los impulsos, controla las pasiones, y ennoblece los afectos. Ese amor, cuando uno lo alberga en el alma, endulza la vida, y esparce una influencia ennoblecedora en su derredor (*Los hechos de los apóstoles*, p. 440).

Domingo, 22 de enero: Motivación para dar

Atañe al interés eterno de cada uno el escudriñamiento de su propio corazón y que se mejore cada facultad dada por Dios. Recuerden todos que no hay un motivo en el corazón de hombre alguno que el Señor no vea claramente. Los motivos de cada uno se pesan tan cuidadosamente como si el destino del instrumento humano dependiera de ese resultado. Necesitamos relacionarnos con el poder divino para que aumente nuestra dará comprensión y nuestro entendimiento de cómo razonar de causa a efecto. Es preciso que cultivemos las facultades de comprensión haciéndonos participantes de la naturaleza divina, por haber huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Considere cada uno cuidadosamente la solemne verdad: Dios en el cielo es verdadero, y no hay un solo designio, por intrincado que sea, ni un solo motivo, por más cuidadosamente que se haya ocultado, que él no comprenda claramente. Él lee las maquinaciones secretas de cada corazón (*Comentarios de Elena G. de White en Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 3, p. 1178).

Si habéis fomentado un mal espíritu, desterrado del alma. Vuestro deber es desarraigar del corazón todo lo que contamine; debiera arrancarse cada raíz de amargura, para que otros no se contaminen con su pernicioso influencia. No permitáis que quede en el terreno del corazón ninguna planta venenosa. Arrancadla esta misma hora, y plantad en su lugar la planta del amor. Entronícese a Jesús en el alma.

Cristo es nuestro ejemplo. Él fue haciendo bienes. Vivió para bendecir a otros. El amor embelleció y ennobleció todas sus acciones, y se nos ordena que sigamos sus pisadas (*A fin de conocerle*, p. 188).

Los cristianos no deberían permitir ser perturbados por preocupaciones ansiosas por las necesidades de la vida. Si los hombres aman y obedecen a Dios, y cumplen su parte, Dios satisfará todas sus necesidades. Aunque los recursos para subvenir a las necesidades de la vida diaria deben obtenerse con el sudor de la frente, no debemos desconfiar de Dios, porque en el gran plan de su providencia él suplirá lo que se necesite cada día. Esta lección de Cristo constituye un reproche para los pensamientos ansiosos, las perplejidades y las dudas del corazón infiel. Nadie puede añadir un palmo a su estatura, no importa cuánto se esfuerce por conseguirlo. No es menos irrazonable angustiarse por el día de mañana y sus necesidades. Cumplid con vuestro deber y confiad en Dios, porque él sabe de qué cosas tenéis necesidad (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 239, 240).

La liberalidad, tanto en lo espiritual como en las cosas temporales, se enseña en la lección de la semilla sembrada. El Señor dice: “Dichosos vosotros los que sembráis sobre todas aguas”. Isaías 32:20. “Esto empero digo: El que siembra escasamente también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará”. 2 Corintios 9:6. El sembrar sobre todas las aguas significa impartir continuamente los dones de Dios. Significa dar dondequiera que la causa de Dios o las necesidades de la humanidad demanden nuestra ayuda. Esto no ocasionará la pobreza. “El que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará”. El sembrador multiplica su semilla esparciéndola. Tal ocurre con aquellos que son fieles en la distribución de los dones de Dios. Impartiendo sus bendiciones, estas aumentan. Dios les ha prometido una cantidad suficiente a fin de que puedan continuar dando. “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida, y rebosando darán en vuestro seno”. Lucas 6:38.

Y abarca más que esto la siembra y la cosecha. Cuando distribuimos las bendiciones temporales de Dios, la evidencia de nuestro amor y simpatía despierta en el que las recibe la gratitud y el agradecimiento a Dios. Se prepara el terreno del corazón para recibir las semillas de verdad espiritual. Y el que proporciona la semilla al sembrador hará que estas germinen y lleven fruto para vida eterna (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 63, 64).

Lunes, 23 de enero: ¿Qué porción para las ofrendas?

Cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado. Deuteronomio 16:17...

En el sistema bíblico de diezmos y ofrendas las sumas pagadas por diferentes personas pueden, por supuesto, variar grandemente, siendo

que están en proporción con los ingresos. Para el pobre, el diezmo será una suma comparativamente pequeña y sus ofrendas estarán de acuerdo con sus posibilidades...

Aquel a quien Dios ha confiado un cuantioso capital, si ama y teme a Dios, no encontrará gravoso satisfacer las exigencias de una conciencia iluminada en lo que se refiere a los derechos de Dios...

Todos los que poseen este espíritu, el espíritu de Cristo, con gozosa presteza llevarán sus donativos a la tesorería del Señor (*In Heavenly Places*, p. 304; parcialmente en *En los lugares celestiales*, p. 306).

Cuando Jesús envió a los doce en su primera misión de misericordia, les encargó que fueran “a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos”. Lucas 9:2. “Y yendo —les dijo— predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”. Mateo 10:7, 8. Y mientras ellos iban “por todas las aldeas, anunciando el evangelio y sanando por todas partes” (Lucas 9:6), las bendiciones del cielo descansaban sobre sus labores. El cumplimiento de la misión del Salvador por parte de sus discípulos, hizo de su mensaje un poder de Dios para salvación, y por sus esfuerzos muchos fueron llevados al conocimiento del Mesías...

La comisión del Salvador a sus discípulos incluye a todos los creyentes hasta el fin del tiempo. Todos aquellos a quienes ha llegado la inspiración celestial, reciben el evangelio como cometido. A todos los que reciban la vida de Cristo se les ordena que trabajen por la salvación de sus semejantes. Para esta obra ha sido establecida la iglesia, y todos los que se ligan por sus sagrados votos se comprometen con ello a ser colaboradores con Cristo (*Consejos para los maestros*, pp. 451, 452).

No es posible que esperes todas las bendiciones de Dios y no retribuyas con nada. Por medio de Cristo poseemos todas las cosas. Sin Cristo no tendríamos más que pobreza, miseria y desesperanza. ¿Responderemos a este amor que Dios ha derramado sobre nosotros? El ser hijos de Dios es poseer todas las cosas. ¿Qué más puedes desear? Si el cristiano no está contento con una herencia tal, nada puede darle contentamiento. Estamos obligados al Señor por todo lo que poseemos. Por lo tanto, devolvamos al Dador todo lo que reclama como suyo. No cometamos un robo contra Dios...

El que amó tanto al hombre que vino desde regiones de bienaventuranza, desde su trono real, y se humilló a sí mismo cubriendo su divinidad con la humanidad, nos ha dado una inequívoca muestra de su amor y del valor que da al hombre. El que ha hecho por nosotros este infinito sacrificio nos constriñe a estimar el valor de un alma, haciendo el balance entre la ganancia terrenal y la pérdida celestial; entre el éxito temporal y la pérdida eterna (*En los lugares celestiales*, p. 307).

Martes, 24 de enero: Las ofrendas y la adoración

“Dios ama al dador alegre”, y los que le aman darán con liberalidad y alegría cuando al hacerlo pueden adelantar su causa y aumentar su gloria. El Señor nunca requiere que su pueblo dé más de lo que puede, pero se complace en aceptar y bendecir sus ofrendas de gratitud dadas conforme a sus posibilidades. Que la obediencia voluntaria y el amor puro enlacen sobre el altar cada ofrenda dada al Señor porque con tales sacrificios se complace, mientras que aquellos que son ofrecidos de mala gana, le ofenden. Cuando las iglesias o individuos no ponen su corazón en las ofrendas, sino que procuran limitar el costo de llevar a cabo la obra de Dios, midiéndola con sus propias opiniones estrechas, demuestran decididamente que no tienen una conexión vital con Dios (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 250).

El alabar a Dios de todo corazón y con sinceridad, es un deber igual al de la oración. Hemos de mostrar al mundo y a los seres celestiales que apreciamos el maravilloso amor de Dios hacia la humanidad caída, y que esperamos bendiciones cada vez mayores de su infinita plenitud...

Dios nos imparte sus dones para que podamos también dar, y hacer así que el mundo conozca su carácter. En el sistema judío, las ofrendas formaban una parte esencial del culto de Dios. Se enseñaba a los israelitas a destinar una décima parte de todas sus entradas al servicio del santuario. Además de esto habían de traer ofrendas por el pecado, ofrendas voluntarias, y ofrendas de gratitud. Estos eran los medios para sostener el ministerio del evangelio en aquel tiempo. Dios no espera menos de nosotros de lo que esperaba de su pueblo antiguamente (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 241).

Nuestra casa de oración podrá ser humilde pero no por eso será menos conocida por Dios. Si adoramos en espíritu y en verdad y en la hermosura de la santidad, ella será para nosotros la misma puerta del cielo. Cuando se repiten las asombrosas lecciones de las obras de Dios y cuando la gratitud del corazón se expresa en oración y canto, ángeles del cielo inician una melodía y se unen en alabanza y agradecimiento a Dios. Estas prácticas rechazan el poder de Satanás.

Dios nos enseña que debemos congregarnos en su casa para cultivar los atributos del amor perfecto. Esto preparará a los moradores de la tierra para habitar en las mansiones que Cristo fue a preparar para todos los que le aman. Entonces, ellos se congregarán en el santuario de sábado en sábado, de una nueva luna a otra, uniéndose en los acordes de exaltados cánticos, a fin de agradecer y alabar al que está sentado en el trono y al Cordero por siempre jamás (*In Heavenly Places*, p. 288; parcialmente en *En los lugares celestiales*, p. 290, y en *El Cristo triunfante*, p. 246).

El salmista dice:... “Dad a Jehová la honra debida a su nombre...”

adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”. “Cantad a Jehová... y celebrad la memoria de su santidad” Salmo 96:8, 9; 30:4.

En las bendiciones de gracia que nuestro Padre celestial nos ha concedido, podemos discernir innumerables evidencias de un amor que es infinito, y una tierna piedad que sobrepasa la simpatía y el deseo vivo de una madre por su hijo descarriado. Cuando estudiamos el carácter divino a la luz de la cruz, vemos misericordia, ternura y perdón mezclados con equidad y justicia. Con el lenguaje de Juan exclamamos: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”. 1 Juan 3:1 (*Reflejemos a Jesús*, p. 276).

Miércoles, 25 de enero: Dios toma nota de nuestras ofrendas

El acto de la viuda que puso dos blancas —todo lo que tenía— en la tesorería, fue registrado para animar a los que, aunque luchan con la pobreza, desean sin embargo ayudar a la causa de Dios mediante sus dones. Cristo llamó la atención de los discípulos a esa mujer, que había dado “todo su alimento”. Consideró su dádiva de más valor que las grandes ofrendas de aquellos cuyas limosnas no exigían abnegación. De su abundancia ellos habían dado una pequeña porción. Para hacer su ofrenda, la viuda se había privado aun de lo que necesitaba para vivir, confiando que Dios supliría sus necesidades para el mañana. Respecto a ella el Salvador declaró: “De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca”. Marcos 12:44, 43. Así enseñó que el valor de la dádiva no se estima por el monto, sino por la proporción que se da y por el motivo que impulsa al dador (*Los hechos de los apóstoles*, p. 275).

Con frecuencia, los que reciben la verdad se hallan entre los pobres en bienes terrenos; pero no deben hacer de ello una excusa para descuidar aquellos deberes que les incumben en reconocimiento de la preciosa luz que han recibido. No deben dejar que la pobreza les impida allegarse tesoros en los cielos. Las bendiciones que están al alcance de los ricos lo están también al de los pobres. Si son fieles en emplear lo poco que poseen, su tesoro en los cielos aumentará de acuerdo con su fidelidad. Es el motivo, no la cantidad, lo que hace valiosas sus ofrendas a la vista del cielo.

A todos se debe enseñar a hacer lo que puedan por el Maestro; a devolverle según él los prosperó. Él pide como deuda justa un diezmo de sus ingresos, sean grandes o pequeños; y aquellos que lo retienen, cometen un robo hacia él, y no pueden esperar que su mano prosperadora esté con ellos. Aun cuando la iglesia se componga mayormente de hermanos pobres, el asunto de la benevolencia sistemática debe explicarse cabalmente, y debe adoptarse el plan de todo corazón. Dios puede cumplir sus promesas. Sus recursos son infinitos, y él los emplea todos en el cumplimiento de su voluntad. Y cuando ve un fiel cumplimiento del deber en el pago del diezmo, a menudo, en su sabia Providencia,

abre caminos para que aumenten los ingresos. El que cumpla la disposición de Dios en lo poco que le haya sido dado, recibirá el mismo pago que aquel que da de su abundancia (*Obreros evangélicos*, pp. 234, 235).

Algunos no tienden naturalmente a la devoción, y por lo tanto debieran fomentar y cultivar el hábito de examinar detalladamente sus propias vidas y motivos y debieran fomentar de un modo especial el amor por los ejercicios religiosos y por la oración secreta (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 455).

Jueves, 26 de enero: Proyectos especiales: ofrendas de frascos

En su misericordia, Jesús había perdonado sus pecados, había llamado de la tumba a su amado hermano, y el corazón de María estaba lleno de gratitud... A costa de gran sacrificio personal, había adquirido un vaso de alabastro de “nardo líquido de mucho precio” para ungir su cuerpo... Quebrando el vaso de unguento, derramó su contenido sobre la cabeza y los pies de Jesús, y llorando postrada le humedecía los pies con sus lágrimas y se los secaba con su larga y flotante cabellera...

María oyó las palabras de crítica. Su corazón temblaba en su interior. Temía que su hermana la reprendiera como derrochadora. El Maestro también podía considerarla impróvida. Estaba por ausentarse sin ser elogiada ni excusada, cuando oyó la voz de su Señor: “Dejadla; ¿por qué la fatigáis?” Él vio que estaba turbada y apenada. Sabía que mediante este acto de servicio había expresado su gratitud por el perdón de sus pecados, e impartió alivio a su espíritu. Elevando su voz por encima del murmullo de censuras, dijo: “Buena obra me ha hecho; que siempre tendréis los pobres con vosotros, y cuando quisieréis les podréis hacer bien; mas a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 512-514).

El apóstol Pablo, en su ministerio entre las iglesias, era incansable en sus esfuerzos por inspirar en los corazones de los nuevos conversos un deseo de hacer grandes cosas por la causa de Dios. A menudo los exhortaba a ejercer la liberalidad. Al hablar con los ancianos de Éfeso respecto a sus labores anteriores entre ellos, dijo: “En todo os he enseñado que, trabajando así, es necesario sobrellevar a los enfermos, y tener presente las palabras del Señor Jesús, el cual dijo: Más bienaventurada cosa es dar que recibir”. Hechos 20:35. “El que siembra escasamente —escribió a los corintios—, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama el dador alegre”. 2 Corintios 9:6, 7.

Casi todos los creyentes macedonios eran pobres en bienes de este mundo, pero sus corazones rebotaban de amor a Dios y a su verdad, y daban alegremente para el sostén del evangelio. Cuando se hicieron

colectas generales entre las iglesias gentiles para aliviar a los creyentes judíos, la liberalidad de los conversos de Macedonia se presentaba como un ejemplo a las otras iglesias. Escribiendo a los creyentes corintios, el apóstol les llamó la atención a “la gracia de Dios que ha sido dada a las iglesias de Macedonia: que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su bondad...”

La buena voluntad de los creyentes macedonios para sacrificarse era resultado de la consagración completa. Movidos por el Espíritu de Dios, “a sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Corintios 8:5); entonces estaban dispuestos a dar generosamente de sus medios para el sostén del evangelio (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 275, 276).

Viernes, 27 de enero: Para estudiar y meditar

Consejos sobre mayordomía cristiana, “Gozosa liberalidad en la obra final”, p. 45;

Conflicto y valor, “El trabajo más a mano”, 2 de agosto, p. 220.